

El recién llegado se adelantó, arras-trando por un brazo a la moza, que se volvía de espaldas y se negaba a entrar. Cuando estuvieron en el despacho del señor administrador — una espaciosa habitación cubierta por una alfombra roja—el desconocido apretó los puños y fulminando sobre Mr. Claretie una mirada terrible: — ¡Miserable! — exclamó, — ha deshonrado usted a mi hija; la infeliz va a ser madre y es necesario que repare usted su falta.

¡Ah! ¿Quién hubiera podido retratar el gesto de estupefacción que tales palabras debieron de causar en el viejo escritor? ¡El, *Don Juan!*...

— ¡Pero sí yo no conozco a esta señorita!

— Caballero, no finja usted: mi hija se llama María, es planchadora y vive en Boulogne. ¡Acabemos! ¿No es usted Mr. Julio Claretie?

— Sí, señor.

— Entonces, ¿a qué mentir?... Vea usted...

Y con un gesto lleno de nobleza, de dolor y de imperio, mostró al supuesto seductor el rostro de su víctima. Pero apenas ella vió a Claretie, cuando sus ojos, anegados en llanto, brillaron de sorpresa.

— ¡No, papá, — sollozó este señor no es el Claretie que buscamos! ¡Miral!...

Diciendo esto sacó un retrato que su padre desconocía, y era el de un mocetón barbudo y robusto. Al pie de

la cartulina, unos dedos fuertes, unos dedos groseros, de hércules de feria tal vez, habían escrito:

«A mi bien amada María. Recuerdo de Julio Claretie».

El tagarote tuvo la ocurrencia burlesca de fingirse novelista y académico.

Deshecho el error, el ofendido padre rogó con vergonzosas y humildes palabras a Mr. Claretie que le perdonase, y ya se retiraba cuando éste le llamó.

— ¿Trabaja usted en alguna parte?

— No, señor; no encuentro dónde emplearme.

— ¿Y su hija?

— Tampoco. Vivimos en la mayor pobreza; estamos acabando de comer-nos nuestras últimas economías, y no sé dentro de algunos meses qué será de nosotros.

— Bueno; pues desde mañana vengán por aquí: yo los colocaré en los talleres del teatro.

El excelente Mr. Claretie acababa de sentir el espantoso drama de des-honor y miseria que se cernía sobre aquel hogar, y acudió a remediarlo. Tuvo piedad del padre sobrancero, de la hija burlada, y también del niño, de aquella pobre vida sin culpa, a quien acechaban desde la cuna el frío y el hambre...

Así sentía ese generoso corazón que la muerte acaba de parar.

Eduardo Zamacois

filosofía

Los cardos espinosos del camino
provocan el verdor de las praderas,
así como las raichas traicioneras
se aroman con las flores del encino.

No detengas tu paso, peregrino,
y aparta los estorbos a las veras;
marchar hacia el país de las Quimeras,
esa es la ley que te marcó el destino.

Como Angel Ganivet, busca el torrente,
el césped fresco y el matiz de lila
de las tardes que sangran el Poniente.

Resume el horizonte en tu pupila
y pon miribos de luz sobre tu frente
y sobre el alma la humildad tranquila.

Estimaco Chavarría